

Cartas a mamá

# ¡Mamá, no quiero ser médico!

POR JORGE (CUQUE) SCLAVO

Yo sé que después de tantos sacrificios como los que ustedes han hecho durante años, no tengo derecho y que debe ser muy doloroso. Usted me dirá con razón, no le niego, y usted m'ijo ¿recién después de un año se da cuenta? Lo que yo no le he contado es todo lo que yo también me he sacrificado. ¿Se acuerda, mamá, el miedo que le tenía a la sangre? ¿Que en la primera operación que hice me desmayé en la mitad y que en la segunda tuvieron que conseguir un suplente porque no había quién me hiciera entrar al quirófano? Bueno, eso lo superé, ya ahora operaba lo más pancho, sin importarme el color de la sangre. Cierto que era el único médico que allí operaba con lentes negros, pero... Al principio llamaba un poco la atención, después se acostumbraron. Si bien, ahora que me acuerdo, hace tiempo que no me llaman para operar.

Pero no me importa, porque me dedico al consultorio. Es un decir, porque después le voy a contar las cosas que me pasan en el consultorio también. Aquella, mi mujer, en cambio, anda muy bien. Yo digo ¿por qué no me habré dedicado a eso de las florales de Bach y la acupuntura? Tiene el consultorio lleno de pacientes y las paredes llenas de pergaminos de todos los congresos. Además, por ejemplo, viene un tipo con problemas de insomnio, ella te lo charla, después lo examina y de acuerdo a lo que le haya dicho el tipo, ella saca una cartilla que tiene en una carpeta, que es como un menú de yuyos, y le escribe una cantidad de recetas con gotitas que el tipo tiene que tomar durante todo el día y toda la noche, son tantas las veces que el tipo se duerme hasta en el ascensor o esperando el cambio de luces en el semáforo y ya del insomnio ni se acuerda, mamá. También se pone un kimono que compramos en un congreso en Bahía que le servía para ir a la playa y hace acupuntura. Le juro que la envidia a mi mujer, mamá. En unos meses, nomás, de enfermera a acupuntora y encima trabaja a sala llena. ¡Qué mérito tiene esa mujer!

Ahora le cuento lo mío. Salir del quirófano fue un alivio. Que las urgencias, que las luces, las enfermeras mandonas, todos esos aparatos que se usan y que uno tiene que memorizarlos para pedirlos bien, porque si no le ponen mala cara, es como trabajar en una película sobre la NASA y usted bien sabe que yo no soy ni un Bruce Willis ni un Harrison Ford. Por eso, ahora, en el consultorio estoy tranquilo, con mis plantitas, mi pece- ra, las biromes de los laboratorios y los blockcitos ordenados, mi vitrina con todas las muestras y el título que asegura que soy médico que me da una cierta seguridad. Por lo menos así ocurría en un principio. Porque después, mamá, fue que empezaron los problemas, es decir: los pacientes. Hasta el "cómo está, qué lo trae por aquí, el 149, vive en el Prado, yo lo encontraba conocido. Yo también, a qué escuela fue, a la Bélgica, igual que yo. ¿No tiene una prima que se llama Chicha? Disculpe, doctor, ¿usted no supo estar medio ennoviado con ella? Efectivamente. Así que como quien dice somos de la familia, mire, yo venía por un dolorcito que tengo aquí. ¿En la ingle? No, un poco más arriba. Allí está el bazo, sí pero un poco más al costado, bueno no importa, para eso están las radiografías".

Y entonces, mamá, voy y le escribo un pase para el radiólogo.

"¿Y no tiene diarreas? Sí, tuve una a fin de año. ¿Había comido algo raro? No, tomé unos whiskys, medio litro de vino y cuatro chorizos con ajo, pimentón y mayonesa. Para eso están los especialistas".

Me tiré sobre el escritorio y le escribí un pase para el gastroenterólogo.

Pero el tipo me increpó, mamá.

–¡Doctor! Usted está hablando con una persona adulta como usted. ¡Hasta parientes pudimos haber sido! ¡Dígame la verdad, por dolorosa que sea!

Y allí, mamá, ¿puede creer que se me nubló todo? ¡Se da cuenta! ¡Tuve como un bloqueo! No se me ocurría nada que hubiese leído en ningún libro. Ya no le digo Torres de la Llosa, ni

siquiera Vargas Llosa. Pedí permiso y me metí en el baño a pensar. Y mirar mientras tanto unas revistas del SMU para revisar a ver si encontraba algún aviso de pastillas que no tuvieran contraindicaciones. Finalmente encontré un aviso a toda página de una pomadita antimicótica para bebés.

–Póngase esta cremita todas las noches antes de dormir allí donde le duele. Y no se preocupe. En un 90% lo suyo estoy seguro que es psicossomático. Es estrés. Pero tráigame las placas y la opinión del gastroenterólogo.

"Adiós doctor y gracias, faltaba más, para algo somos cuasi parientes, a propósito ¿qué es de la vida de la Chicha? Se divorció ¿Cómo yo? No me diga. ¿Le digo que lo llame? Sí. Aquí tiene mi celular, me gustaría verla para hablar de los tiempos viejos. Como no, con mucho gusto. Hasta pronto amigo. Hasta pronto doctor".

Yo no sé si se acuerda de la Chicha, mamá. Era aquella rubia de rulitos que en la escuela fuimos abanderados los dos, ella con la de los 33.

Pero, consciente como soy, usted me conoce, cuando se fue aquel hombre me puse a estudiar su problema. Agarré la colección de la revista Noticias y me metí de cabeza. Me leí hasta el suplemento en inglés y los avisos. Hasta que encontré uno que era el ideal para la cura del primo de la Chicha. ¡¡Mamá!! Me sentí como Pasteur, el Dr. Salk, Guglielmone, León y todos esos bustos que ponen en el patio del Ospedale Italiano. Por supuesto que me anoté todito para cuando viniera el primo de la Chicha con la placa y el informe. Pero, ¿qué le digo que cuando me puse a estudiar la literatura del medicamento, mamá, leí todos los síntomas y puede creerme si le digo que empecé a sentirlos! Todos los síntomas del primo de la Chicha los estaba sintiendo yo justo en ese momento.

Me hice las placas y llamé al gastroenterólogo. Me dio hora a las 17. Llegué un poco antes. Y serían las 16 y 55 cuando veo salir del consultorio, loco de contento, al primo de la Chicha.

–Todo bien doctor, todo bien. Y usted doctor ¿cómo anda? ¿No lo llamó la Chicha?

